

Del Pensamiento Sociológico Actual

Conflicto Social y Conflicto Psíquico

*Por Thomas M. FRENCH, de la revista
"American Journal of Sociology".*

EL psicoanálisis ha demostrado que las neurósís y muchos otros desórdenes mentales tienen su origen en un conflicto psíquico, en motivos o causas de conflicto dentro del mismo individuo. En el estudio del fenómeno social, se ha hecho similarmente un uso considerable del concepto de conflicto social, de intereses en conflicto, o de causas o motivos de conflicto dentro del cuerpo social. Pensamos a veces de tales conflictos sociales como conflictos entre diferentes individuos. La escuela marxista tiende a decir en términos más simples que hay lucha de clases, lucha entre el capitalista y las clases proletarias, entre aquellos que poseen los instrumentos de la producción y otros sin propiedad alguna y cuyos intereses demandan refrenar el poder sin restricciones de los dueños de la propiedad. Este concepto de división precisa de la sociedad en clases en conflicto, puede ser útil para la comprensión de determinado fenómeno, y en algunos casos podrá ser una descripción grosera pero esencialmente correcta de los hechos.

Pero también existen aquellos que insisten que no hay conflicto fundamental de intereses dentro del cuerpo social. Semejante insistencia sobre la identidad de intereses de todos los grupos dentro de la comunidad se usa probablemente con frecuencia como un lema político y después se trata de hacer creer que es una conclusión científica y razonada; los llamados "gobiernos nacionales" y los estados totalitarios nos han hecho familiarizarnos con la noción que debe haber completa unanimidad dentro del Estado.

En una forma más sutil, la misma idea entra como suposición implícita en la mayoría de las discusiones políticas. Procedemos en nuestras discusiones políticas

como si no hubiese el problema de reconciliar necesidades e intereses divergentes y como si de hecho estuviésemos todos de acuerdo sobre el fin de nuestras deliberaciones y solamente debatieramos sobre los mejores medios para alcanzar ese fin común.

Existen también puntos de vista intermedios entre estos dos extremos. Muy a menudo, seguramente, hay divergencias de intereses entre las diferentes clases de la comunidad, pero los linderos entre estas clases podrán ser lo que se quiera menos estar bien definidos. En los conflictos entre los propietarios y las clases no proletarias, hay un gran número de individuos cuyos intereses no están exclusivamente con ninguno de estos dos grupos. Hay muchas gentes que tienen suficientes propiedades para sentirse amenazadas por cualquier ataque a los derechos de propiedad, y que no se sienten suficientemente tranquilas en sus derechos (de propiedad) para ser indiferentes a la intrusión en los derechos de propiedad de los individuos no-propietarios. Hay también otros muchos cuyo estado económico los coloca en la clase proletaria, pero quienes por otros motivos de orden psicológico tienden a identificarse con los capitalistas. Los escritores comunistas se quejan de que los trabajadores llamados de "cuello blanco" ignoran completamente su verdadero interés al identificarse con el interés capitalista de sus patrones.

En el psicoanálisis nosotros distinguimos entre actitudes conscientes e inconscientes. Lógicamente tenemos que esperar que esos individuos se encuentren en conflicto. Junto de su consciente identificación con los propietarios y patrones uno cree poder encontrar más o menos envidia de las clases más privilegiadas, y una identificación menos consciente con los grupos no privilegiados en su resentimiento y miedo de las intrusiones sobre la seguridad y derechos de las clases que carecen de propiedades para protegerlos. ¿Existe alguna evidencia para confirmar esta deducción? ¿Hay evidencias para sugerir que los conflictos sociales entre las clases comprendan muchos individuos, cuando menos inconscientemente, en conflictos entre lealtades de clase?

Algunas comunidades se esfuerzan hoy desesperadamente por desconocer la posibilidad de cualquiera divergencia fundamental de intereses de clase y se dedican con lealtad al ideal de la armonía nacional absoluta. Y es precisamente en estas comunidades en que encontramos en su forma más aguda el problema de antagonismo a los grupos de minorías y una creencia muy extendida de que un grupo está conspirando para destruir este supuesto régimen de unanimidad y de armonía.

No necesitamos desconocer que hay un elemento de verdad en esta creencia. Hay individuos en estas comunidades que conspiran actualmente para hacer una revolución. Lo más interesante, es el hecho de que clases enteras de individuos que no tienen nada o casi nada que ver con estas actividades revolucionarias, se sospecha de ellos a pesar de todo. ¿Cómo se explica uno ese hecho?

En este punto estamos tentados a echar mano de la psiquiatría y de la experiencia psicoanalítica. Todo psiquiatra sabe de muchos individuos que sin tener fundamentos objetivos para sus creencias, están sin embargo firmemente convencidos de que son objeto de una persecución sistemática por parte de una organización poderosa y malvada. El psicoanálisis ha demostrado que tales ilusiones de persecución se basan comúnmente en el mecanismo de proyección. Uno atribuye a los demás motivos contra los que uno mismo está luchando. Un marido que está luchando contra las tentaciones de serle infiel a su mujer, se rehusa a reconocer la existencia de semejantes tentaciones en él mismo, y en cambio, se convence de que su mujer le es infiel.

Parece casi seguro que en la mayoría de las ilusiones actuales estamos viendo las manifestaciones de un mecanismo similar de proyección. Si esta interpretación es correcta, tendremos entonces la más impresionante confirmación de nuestra hipótesis, de que los conflictos de clase en el organismo social comprenden actualmente un gran número de individuos en conflictos emocionales personales. En un estado que exige la absoluta unanimidad y devoción para el bienestar común, uno mismo no se da cuenta de que resiente intensamente esta completa sumisión, de las necesidades de uno a las necesidades del estado; pero el resentimiento existe a pesar de todo, y este hecho recibe la proyección en la masa de las ilusiones de que algún grupo de gente vagamente definido, está conspirando incesantemente para destruir la armonía y la solidaridad social para la que el resto de la comunidad se esfuerza tan lealmente.

En comunidades como la nuestra, no estamos tratando de alcanzar tan completa unanimidad. En nuestro país la masa de las ilusiones de persecución no han alcanzado el mismo grado de intensidad, pero todos padecemos ligeras manifestaciones del mismo fenómeno. Aquí también hay vagos temores de misteriosos elementos subversivos en la comunidad. Nosotros les llamamos comunistas, rojos, bolsheviks.

Aquí también, por supuesto, ha habido una pequeña justificación objetiva para tales temores. Existen pequeños grupos que predicán o han predicado la revolución; pero el nombre de comunistas y los vagos temores a los mismos, se

han extendido y aplicado a un considerable número de individuos que no tienen ni siquiera la más remota conexión con cualquier clase de complot para derrocar al gobierno.

A primera vista estos temores no son difíciles de explicar. Las víctimas liberales y radicales de estas sospechas nos dirán que hay un esfuerzo activo y deliberado de parte de ciertos grupos de la comunidad para desacreditar a todo protagonista de los derechos de las clases menos privilegiadas. Aquí, como en cualquier otra parte del mundo, nos vamos enterando de las posibilidades de influenciar la opinión pública por medio de propaganda; y la manufactura de propaganda —mucho deliberadamente equivocada— se ha convertido en una gran industria, casi en todas partes en el mundo.

Sin embargo, los grandes esfuerzos para esparcir propaganda todavía no nos explican adecuadamente por qué es tan efectiva.

Como lo ha señalado Zilboorg en un artículo reciente, la propaganda solamente puede ser efectiva cuando hace un llamado a un motivo fuerte y extensamente distribuido en la gente que lo lee o lo oye. Después de todo, hay magazines liberales y hasta radicales, y periódicos que tratan enérgica y activamente de combatir la propaganda en contra de los llamados “rojos” y cada lector está en libertad de escoger la clase de propaganda que más le convenga. Como una regla, sin embargo, aquellos que son más susceptibles a los vagos temores de las actividades comunistas ni siquiera leen las protestas de radicales y liberales en contra de esa propaganda; y si lo hacen, sus mentes están tan cerradas que es como si no la leyesen. Tal parece que la propaganda en contra de los llamados “comunistas” sólo aumenta los temores que ya están presentes en forma latente.

¿Por qué tiene la gente este vago temor a los comunistas y por qué incluye este miedo sin distinguir siquiera a los que hablan en forma tímida de la necesidad de hacer cambios en nuestro orden social?

Una primera respuesta a esta pregunta parece evidente por sí misma. Los últimos acontecimientos nos han enterado gráficamente del hecho de que las revoluciones van casi siempre acompañadas por excesos violentos en grande escala. Por lo tanto, sentimos horror a cualquier intento de derrocar los regímenes existentes. Hay una profunda tradición en este país, de que es mejor proceder despacio y por medios legales con la reforma a pesar de los serios abusos, que incurrir en los peligros de un levantamiento social acompañado de la violencia.

Pero las víctimas de esta propaganda no son en su mayoría partidarias de la violencia, sino más bien individuos que están urgiendo o activamente ocupa-

dos en el intento de hacer los cambios por los medios legales. Y son precisamente estos partidarios de un cambio dentro del orden legal, nuestra mejor protección en contra de la revolución. Si el descontento social no puede encontrar una salida legal, estaremos indudablemente en un peligro creciente de intentos de conseguir por medio de la violencia, lo que no se ha podido conseguir por medios legales. ¿Cómo, entonces, podemos explicar el hecho que justamente tales partidarios de cambios pacíficos y legales en nuestras instituciones, pueden ser tan fácilmente agrupados juntamente con los partidarios de una revolución violenta, y puedan ser objeto de temor?

Es evidente que no solamente estamos temerosos de la violencia revolucionaria. Parece que también tenemos hasta las ideas de aquellos que son partidarios de los cambios sociales pacíficos. Reaccionamos como si sintiéramos que hasta la idea de un cambio en nuestras instituciones fuese subversiva y sentimos que hasta la más moderada defensa de la necesidad de un cambio envuelve la amenaza de una violenta revolución.

¿Cómo es que una idea pueda ser peligrosa? Solamente cuando sentimos que hay en ella algo que nos atrae, lo que es casi lo mismo, si tenemos el temor de que atraiga a los demás. Una idea que no produce excitación alguna en las mentes de otras personas, no puede ser peligrosa. Cualquiera idea que nos produzca temor debe ser de tal naturaleza que despierte en nosotros una poderosa respuesta emocional.

Pero volvamos a las analogías en la experiencia psicoanalítica. No sin frecuencia nos encontramos individuos que tienen un miedo irracional de ciertas situaciones que otras gentes encuentran enteramente inofensivas. Una mujer que siente miedo de andar sola en la calle, a menos que vaya acompañada de su madre o de su hermana. Un hombre que siente pánico si tiene a su alcance una navaja. El psicoanálisis ha demostrado que la explicación de tales miedos se basa regularmente en el temor a la tentación. La mujer tiene miedo de andar sola en la calle porque teme la indiscreción de sus impulsos sexuales. El hombre le tiene miedo a una navaja porque la vista de ella le recuerda el deseo de matar a alguien con ella.

Es legítimo presumir que nuestro miedo a las ideas sociales subversivas se basa en un mecanismo similar. Los partidarios de los cambios sociales, nos recuerdan los problemas que todavía están sin solución y que nosotros estamos renuentes hasta a pensar en ello.

No nos gusta que se nos recuerde que millones de gentes están sin trabajo, que muchas más viven en habitaciones inadecuadas y están mal alimentadas y en muchos aspectos padecen de necesidades terribles. Y mucho menos nos gusta que se nos recuerde que muy pocos de nosotros estamos suficientemente seguros para que un desgraciado cambio de fortuna no nos reduzca a una situación semejante de sin empleo y de necesidad. Es penoso darse cuenta de que tal como está organizada la sociedad actualmente. Esta clase de crisis económicas se repiten a intervalos periódicos, que nuestros métodos para mejorar estas crisis son ineficaces, y que algunas de las razones porque son inefectivos se basan en el hecho de que tenemos miedo de intervenir en cualquier forma en los derechos de la propiedad privada. No queremos enfrentarnos con el hecho de que cualquier solución racional y fundamental de estos problemas demandará inevitablemente de nosotros sacrificios que no queremos hacer. Mucho menos queremos enfrentarnos con el hecho de que si estos problemas no encuentran solución adecuada, existirá siempre el peligro de que el descontento popular suba de punto y ocurra una violenta revolución. Todo este complejo de ideas nos desagrade, y una solución temporal trata de librarnos del problema de la misma manera que los pacientes que acabamos de describir tratan de protegerse, la primera no saliendo sola a la calle y el segundo con evitar tener al alcance de sus manos una navaja. Mientras tengamos éxito con este sistema podremos tener alguna paz, pero los que insisten obstinadamente en recordarnos estos problemas, amenazan nuestra tranquilidad espiritual. Como los problemas de que no queremos pensar contienen el peligro de una revolución, cualquiera que nos obligue a pensar en ellos lo consideramos como si fuera un agitador revolucionario.

Con la ayuda del psicoanálisis hemos llegado a una explicación dinámica de nuestro miedo de los inovadores sociales. Los motivos que acabamos de considerar conciernen exclusivamente a la dinámica de la situación social, el estado de la organización de la comunidad y demás. Las causas o motivos que provienen de la situación de la infancia, y que son tan importantes en el análisis del individuo, en este caso juegan un papel de menor significación. A propósito de esto, llegamos a una distinción metodológica de importancia, en la aplicación del psicoanálisis a los problemas sociológicos. En el análisis del individuo debemos de partir por comprender sus reacciones en términos de su verdadera situación dinámica presente, pero estas reacciones nos llevan regularmente a reacciones de situaciones en la infancia del individuo. Estas situaciones de la infancia, sin embargo, difieren en mucho en cada caso individual. En las reacciones de conjunto, por otra parte, estas características variables de la situación de la infancia del individuo, tienden a invalidarse la una a la otra. Solamente los aspectos más uni-

versales e invariables de las situaciones de la infancia del grupo, conservan su significación. Por lo que la situación dinámica momentánea del grupo como un todo, es proporcionalmente de mayor importancia.

¿Puede el psicoanálisis darnos alguna idea para una terapéutica racional? El paciente con una ilusión paranoica, como ya sabemos, es por lo común muy difícil de curar. Las perspectivas de la terapéutica para el paciente que sufre de temores irracionales es mucho mejor. ¿Cuál es el principio de nuestra terapéutica? Lo que generalmente tratamos de hacer es animar al paciente para que nos hable de sus dificultades, ayudarlo a que comprenda de que es lo que realmente está temeroso, y finalmente, llevarlo al punto en que se atreva a enfrentarse francamente, y a pensar libremente acerca de los impulsos de los que ha estado huyendo con tanto pánico.

¿Podemos sacar algunos indicios de esta analogía, que nos ayude a encontrar una terapéutica racional para nuestra fobia en contra de los partidarios del cambio social? Nuestra terapéutica para el individuo consiste en darle ánimo para que hable libremente. La terapéutica análoga para nuestro problema social parecería ser la libre y pública discusión. Al animar al paciente individual a hablar libremente, nosotros lo ayudamos a poner sus impulsos en conflicto, cara a cara. Sus impulsos hostiles o sexuales, deben entrar claramente en su conciencia y contemplarlos de frente, con las protestas de su conciencia en contra de ellos.

Solamente así es posible para él encontrar una nueva manera de tratar de reconciliar las dos opuestas fuerzas que actúan dentro de él. De manera similar, parece que cualquier solución fundamental de nuestros conflictos sociales debe basarse en un franco reconocimiento de las cosas fundamentales y de los motivos en conflicto, por lo que nos esforzamos en solucionar.

En el tratamiento de un paciente individual la solución encontrada debe tomar en cuenta las dos fuerzas opositoras. Ninguna solución puede ser realmente estable si ignora las exigencias del instinto o de la conciencia. La cura de la neurósis depende de una especie de reconciliación entre las tendencias opuestas. En cada caso las exigencias del instinto y la conciencia deberán someterse a ciertas modificaciones.

Similarmente en la sociedad, cualquier orden social que quiera mantener su estabilidad, deberá encontrar la manera de reconciliar las demandas de aquellos cuya necesidad les hace imperativo un cambio en el orden social, con el temor consiguiente de los miembros más afortunados de la comunidad; el temor de

estos últimos está fundado, pues un cambio social repentino no solamente puede destruir sus privilegios, sino que puede también barrer con valiosas instituciones que después nos tomarían décadas o tal vez siglos, el poder encontrarles sustitutos satisfactorios.

¿Pero cómo es posible encontrar la manera de reconciliar intereses que están tan opuestos? Creo yo, que solamente por el mismo método que se tiene que emplear en el caso del paciente individual, por el franco reconocimiento no solamente de los puntos divergentes, sino también de las necesidades fundamentales en que se basan; por la discusión pública lo más libre posible de lo que los grupos opuestos demandan, no para competir en hábil propaganda, sino para comprender honestamente las necesidades y los puntos de vista de cada uno.

¿Es posible una solución semejante? El paciente individual neurótico, tiene que buscar generalmente ayuda para poder introspeccionar en el problema que es tan penoso para él. Más aún, el psicoanalista que intenta ayudar en la introspección no lo puede hacer impunemente. En el tratamiento de pacientes individuales en que se señalan hechos desagradables, se suscitan toda clase de resistencias y resentimientos en contra del analista, que hace la interpretación. Y aún fuera de la situación analítica ya hemos visto con qué resentimiento han sido recibidos los descubrimientos de Freud. El analista que espera tener éxito en la introspección adecuada, dentro de la naturaleza del conflicto, tiene también que estar prevenido para soportar el choque del resentimiento del paciente en contra de introspecciones desagradables. Más aún, debe tener el tacto de saber lo que el paciente puede tolerar en una sola vez; pues es necesario retener su confianza de manera que el paciente se vea inducido a perseverar, a comprenderse a sí mismo, a pesar de su resentimiento. Y esta confianza en la comprensión y en la integridad del análisis, hace posible que el paciente aprenda, paso a paso, a mirar francamente los problemas, a los que sin ayuda no hubiera sido capaz de enfrentarse.

Si nuestros conflictos se tienen que resolver, es indudable que nuestros líderes políticos tienen que desempeñar un papel semejante. Deben tener ellos una clara comprensión de la situación del conflicto y de las necesidades fundamentales y divergentes en que se basa; y también tienen que tener el valor para soportar el choque del resentimiento público en contra de ciertas verdades y el tacto para saber qué cantidad de hechos desagradables puede el público asimilar en una vez. El arte del verdadero estadista demócrata es análogo al arte de la terapéutica de la introspección; solamente que es mucho más difícil.

¿Pero será posible que con líderes capaces se encuentre la solución para los conflictos sociales en el *forum* de la discusión pública? ¿No son las pasiones demasiado violentas para permitir una discusión con espíritu de mutuo sacrificio en aras de una solución armónica?

Al hacer esta pregunta, en realidad hacemos esta otra: ¿Es realmente posible la democracia? Para la esencia de la democracia no significan tanto las urnas electorales y su maquinaria de representación, a pesar de su importancia. La esencia de la democracia es más bien el espíritu para arreglar las diferencias por mutua deliberación y con el ánimo de hacer sacrificios para el bien común. Cuando las pasiones se excitan demasiado, es imposible poner este método en práctica. La democracia actualmente está amenazada de afuera y para sostener su vitalidad interior, solamente hay un método: el reconocimiento sincero de nuestras necesidades divergentes y la pública y libre discusión.

